



CAPÍTULO LXXII.

De cómo Don Quijote y Sancho llegaron á su aldea.

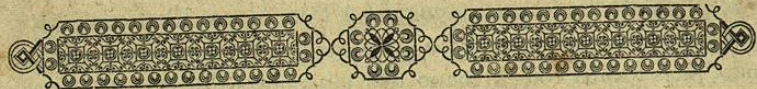
TODO aquel día, esperando la noche, estuvieron en aquel lugar y meson Don Quijote y Sancho, el uno para acabar en la campaña rasa la tanda de su disciplina, y el otro para ver el fin della, en el cual consistía el de su deseo. Llegó en esto al meson un caminante á caballo con tres ó cuatro criados, uno de los cuales dijo al que el señor dellos parecía:—Aquí puede vuesa merced, señor Don Alvaro Tarfe, pasar hoy la siesta: la posada parece limpia y fresca. Oyendo esto Don Quijote, le dijo á Sancho:—Mira, Sancho, cuando yo hojée aquel libro de la segunda parte de mi historia, me parece que de pasada topé allí este nombre de Don Alvaro Tarfe.—Bien podrá ser, respondió Sancho, dejémosle apear, que despues se lo preguntaremos. El caballero se apeó, y frontero del aposento de Don Quijote, la huéspeda le dió una sala baja, enjaezada con otras pintadas sargas, como las que tenía la estancia de Don Quijote. Púsose el recién venido caballero á lo de verano, y saliéndose al portal del meson, que era espacioso y fresco, por el cual se paseaba Don Quijote, le preguntó:—¿Adónde bueno camina vuesa merced, señor gentil-hombre? Y Don Quijote le respondió:—A una aldea que esta aquí cerca, de donde soy natural. ¿Y vuesa merced dónde camina?—Yo, señor, respondió el caballero, voy á Granada, que es mi patria.—Y buena patria, replicó Don Quijote: pero dígame vuesa merced por cortesía su nombre, porque me parece que me ha de importar saberlo, mas de lo que buenamente podré decir.—Mi nombre es, Don Alvaro Tarfe, respondió el huésped. A lo que replicó Don Quijote:—Sin duda alguna pienso que vuesa merced debe de ser aquel Don Alvaro Tarfe, que anda impreso en la segunda parte de la historia de Don Quijote de la Mancha, recién impresa y dada á la luz del mundo por un autor moderno.—El mismo soy, respondió el caballero, y el tal Don Quijote, sugeto principal de la tal historia, fué grandísimo amigo mío, y yo fuí el que le sacó de su tierra, ó á lo menos le moví á que viniese á unas justas que se hacían en Zara-

goza, adonde yo iba, y en verdad, en verdad que le hice muchas amistades, y que le quité de que no le palmease las espaldas el verdugo, por ser demasíadamente atrevido.—Y dígame vuesa merced, señor Don Alvaro: ¿Parezco yo en algo á ese tal Don Quijote que vuesa merced dice?—No por cierto, respondió el huésped, en ninguna manera.—Y ese Don Quijote, dijo el nuestro, ¿traía consigo á un escudero llamado Sancho Panza?—Sí traía, respondió Don Alvaro, y aunque tenía fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese.—Eso creo yo muy bien, dijo á esta sazón Sancho, porque el decir gracias, no es para todos, y ese Sancho que vuesa merced dice, señor gentil-hombre, debe de ser algun grandísimo bellaco, frion y ladron juntamente, que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo mas gracias que llovidas: y si no, haga vuesa merced la experiencia, y ándese tras de mí por lo menos un año, y verá que se me caen á cada paso, y tales y tantas, que sin saber yo las mas veces lo que me digo, hago reír á cuantos me escuchan: y el verdadero Don Quijote de la Mancha, el famoso, el valiente y el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas¹, el que tiene por única señora á la sin par Dulcinea del Toboso, es este señor que está presente, que es mi amo: todo cualquier otro Don Quijote y cualquier otro Sancho Panza es burlería y cosa de sueño.—Por Dios que lo creo, respondió Don Alvaro, porque mas gracias habeis dicho vos, amigo, en cuatro razones que habeis hablado, que el otro Sancho Panza en cuantas yo le oí hablar, que fueron muchas. Mas tenía de comilon que de bien hablado, y mas de tonto que de gracioso, y tengo por sin duda, que los encantadores que persiguen á Don Quijote el bueno, han querido perseguirme á mí con Don Quijote el malo. Pero no sé qué me diga, que osaré yo jurar que le dejo metido en la casa del Nuncio en Toledo, para que le curen, y agora remanece aquí otro Don Quijote, aunque bien diferente del mío.—Yo, dijo Don Quijote, no sé si soy bueno; pero sé decir, que no soy el malo: para prueba de lo cual quiero que sepa vuesa merced, mi señor Don Alvaro Tarfe, que en todos los días de mi vida no he estado en Zaragoza, antes, por haberme dicho que ese Don Quijote fantástico se había hallado en las justas desa ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar á las barbas del mundo su mentira, y así me pasé de claro á Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hos-

¹ Esto es, el matador de amores.

pital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza única. Y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella, solo por haberla visto. Finalmente, señor Don Alvaro Tarfe, yo soy Don Quijote de la Mancha, el mesmo que dice la fama, y no ese desventurado que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos. A vuesa merced suplico, por lo que debe á ser caballero, sea servido de hacer una declaracion ante el alcalde deste lugar, de que vuesa merced no me ha visto en todos los dias de su vida hasta agora, y de que yo no soy el Don Quijote impreso en la segunda parte, ni este Sancho Panza mi escudero es aquel que vuesa merced conoció.—Eso haré yo de muy buena gana, respondió Don Alvaro, puesto que cause admiracion ver dos Don Quijotes y dos Sanchos á un mesmo tiempo, tan conformes en los nombres, como diferentes en las acciones: y vuelvo á decir y me afirmo que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mí lo que ha pasado.—Sin duda, dijo Sancho, que vuesa merced debe de estar encantado como mi señora Dulcinea del Toboso, y pluguiera al cielo que estuviera su desencanto de vuesa merced en darme otros tres mil y tantos azotes como me doy por ella, que yo me los diera sin interes alguno.—No entiendo eso de azotes, dijo Don Alvaro: y Sancho le respondió que era largo de contar; pero que él se lo contaria, si acaso iban un mesmo camino. Llegóse en esto la hora de comer, comieron juntos Don Quijote y Don Alvaro. Entró acaso el alcalde del pueblo en el meson con un escribano, ante el cual alcalde pidió Don Quijote por una peticion, de que á su derecho convenia, de que Don Alvaro Tarfe, aquel caballero que allí estaba presente, declarase ante su merced, como no conocia á Don Quijote de la Mancha, que asimesmo estaba allí presente, y que no era aquel que andaba impreso en una historia intitulada: *Segunda Parte de Don Quijote de la Mancha, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas*. Finalmente el alcalde proveyó jurídicamente: la declaracion se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debian de hacerse, con lo que quedaron Don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaracion, y no mostrara claro la diferencia de los dos Don Quijotes, y la de los dos Sanchos, sus obras y sus palabras. Muchas de cortesias y ofrecimientos pasaron entre Don Alvaro y Don Quijote, en las cuales mostró el gran Manchego su

discrecion, de modo que desengañó á Don Alvaro Tarfe del error en que estaba, el cual se dió á entender que debia de estar encantado, pues tocaba con la mano dos tan contrarios Don Quijotes. Llegó la tarde, partiéronse de aquel lugar, y á obra de media legua se apartaban dos caminos diferentes, el uno que guiaba á la aldea de Don Quijote, y el otro el que habia de llevar Don Alvaro. En este poco espacio le contó Don Quijote la desgracia de su vencimiento, y el encanto y el remedio de Dulcinea, que todo puso en nueva admiracion á Don Alvaro, el cual abrazando á Don Quijote y á Sancho, siguió su camino, y Don Quijote el suyo, que aquella noche la pasó entre otros árboles, por dar lugar á Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mesmo modo que la pasada noche, á costa de las cortezas de las hayas, harto mas que de sus espaldas, que las guardó tanto, que no pudieran quitar los azotes una mosca, aunque la tuviera encima. No perdió el engañado Don Quijote un solo golpe de la cuenta, y halló que, con los de la noche pasada, eran tres mil y veinte y nueve. Parece que habia madrugado el sol á ver el sacrificio, con cuya luz volvieron á proseguir su camino, tratando entre los dos del engaño de Don Alvaro, y de cuán bien acordado habia sido tomar su declaracion ante la justicia, y tan auténticamente. Aquel dia y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse, si no fué, que en ella acabó Sancho su tarea, de que quedó Don Quijote contento sobre modo, y esperaba el dia, por ver si en el camino topaba ya desencantada á Dulcinea su señora, y siguiendo su camino, no topaba muger ninguna, que no iba á reconocer si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible no poder mentir las promesas de Merlin. Con estos pensamientos y deseos subieron una cuesta arriba, desde la cual descubrieron su aldea, la cual vista de Sancho, se hincó de rodillas y dijo:—Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve á tí Sancho Panza tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos, y recibe tambien tu hijo Don Quijote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mesmo, que segun él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse puede. Dineros llevo, porque si buenos azotes me daban, bien caballero me iba.—Déjate desas sandeces, dijo Don Quijote, y vamos con pié derecho á entrar en nuestro lugar, donde daremos vado á nuestras imaginaciones, y la traza que en la pastoral vida pensamos ejercitar. Con esto bajaron de la cuesta y se fueron á su pueblo.



CAPÍTULO LXXIII.

De los agüeros que tuvo Don Quijote al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia.

A la entrada del cual¹, según dice Cide Hamete, vió Don Quijote que en las eras del lugar estaban riñendo dos mochachos, y el uno dijo al otro:—No te canses, Periquillo, que no la has de ver en todos los días de tu vida. Oyólo Don Quijote y dijo á Sancho:—¿No adviertes, amigo, lo que aquel mochacho ha dicho, no la has de ver en todos los días de tu vida? —Pues bien, ¿qué importa, respondió Sancho, que haya dicho eso el mochacho?—¿Qué? replicó Don Quijote, ¿no ves tú, que aplicando aquella palabra á mi intencion, quiere significar, que no tengo de ver mas á Dulcinea? Queríale responder Sancho, cuando se lo estorbó ver, que por aquella campaña venia huyendo una liebre seguida de muchos galgos y cazadores, la cual temerosa se vino á recoger y á gazapar debajo de los piés del rucio. Cogióla Sancho á mano salva, y presentóla á Don Quijote, el cual estaba diciendo:—*Malum signum, malum signum*: liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece.—Estraño es vuesa merced, dijo Sancho: presupongamos que esta liebre es Dulcinea del Toboso, y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores que la trasformaron en la labradora: ella huye, yo la cojo y la pongo en poder de vuesa merced, que la tiene en sus brazos y la regala: ¿qué mala señal es esta, ni qué mal agüero se puede tomar de aquí? Los dos mochachos de la pendencia se llegaron á ver la liebre, y al uno dellos preguntó Sancho, que por qué reñian. Y fuéle respondido por el que habia dicho: No la verás mas en toda tu vida, que él habia tomado al otro mochacho una jaula de grillos, la cual no pensaba volvérsela en toda su vida. Sacó Sancho cuatro cuartos de la faltriquera y dióselos al mochacho por la jaula, y púsose-

¹ Este relativo se refiere á la palabra *pueblo*, con que finaliza el capítulo antecedente, salvando el epigrafe del siguiente.



la en las manos á Don Quijote diciendo:—Hé aquí, señor, rompidos y desbaratados estos agüeros, que no tienen que ver mas con nuestros sucesos, segun que yo imagino, aunque tonto, que con las nubes de antaño: y, si no me acuerdo mal, he oido decir al Cura de nuestro pueblo, que no es de personas cristianas ni discretas mirar en estas niñerías, y aun vuesa merced mesmo me lo dijo los dias pasados, dándome á entender que eran tontos todos aquellos cristianos que miraban en agüeros, y no es menester hacer hincapié en esto, sino pasemos adelante y entremos en nuestra aldea. Llegaron los cazadores, pidieron su liebre, y dióselá Don Quijote: pasaron adelante, y á la entrada del pueblo toparon en un pradecillo rezando al Cura y al Bachiller Carrasco. Y es de saber que Sancho Panza habia echado sobre el rucio y sobre el lío de las armas, para que sirviese de repostero, la túnica de bocací pintada de llamas de fuego, que le vistieron en el castillo del Duque la noche que volvió en sí Altisidora. Acomodóle tambien la corozá en la cabeza, que fué la mas nueva trasformacion y adorno con que se vió jamas jumento en el mundo. Fueron luego conocidos los dos del Cura y del Bachiller, que se vinieron á ellos con los brazos abiertos. Apeóse Don Quijote y abrazólos estrechamente, y los mochachos que son lince no escusados, divisaron la corozá del jumento y acudieron á verle, y decian unos á otros:—Venid, mochachos, y vereis el asno de Sancho Panza mas galan que Mingo, y la bestia de Don Quijote mas flaca hoy que el primer dia. Finalmente rodeados de mochachos, y acompañados del Cura y del Bachiller entraron en el pueblo, y se fueron á casa de Don Quijote, y hallaron á la puerta della al Ama y á su Sobrina, á quien ya habian llegado las nuevas de su venida. Ni mas ni menos se las habian dado á Teresa Panza, muger de Sancho, la cual desgrefñada y medio desnuda, trayendo de la mano á Sanchica su hija, acudió á ver á su marido, y viéndole no tan bien adeliñado, como ella se pensaba que habia de estar un Gobernador, le dijo:—¿Cómo venis así, marido mio, que me parece que venis á pié y despeado, y mas traeis semejanza de desgovernado que de Gobernador?—Calla, Teresa, respondió Sancho, que muchas veces donde hay estacas no hay tocinos, y vámonos á nuestra casa, que allá oirás maravillas. Dineros traigo, que es lo que importa, ganados por mi industria y sin daño de nadie.—Traed vos dineros, mi buen marido, dijo Teresa, y sean ganados por aquí ó por allí, que como quiera que los háyais ganado, no habreis hecho usanza nueva en el mundo. Abra-

zó Sanchica á su padre y preguntóle si traia algo, que le estaba esperando como el agua de Mayo, y asiéndole de un lado del cinto, y su muger de la mano, tirando su hija al rucio se fueron á su casa, dejando á Don Quijote en la suya en poder de su Sobrina y de su Ama, y en compañía del Cura y del Bachiller. Don Quijote, sin guardar términos ni horas, en aquel mesmo punto se apartó á solas con el Bachiller y el Cura, y en breves razones les contó su vencimiento, y la obligacion en que habia quedado de no salir de su aldea en un año, la cual pensaba guardar al pié de la letra, sin traspasarla en un átomo, bien así como caballero andante, obligado por la puntualidad y órden de la andante caballería, y que tenia pensado de hacerse aquel año pastor, y entretenerse en la soledad de los campos, donde á rienda suelta podia dar vado á sus amorosos pensamientos, ejercitándose en el pastoral y virtuoso ejercicio: y que les suplicaba, si no tenian mucho que hacer, y no estaban impedidos en negocios mas importantes, quisiesen ser sus compañeros, que él compraria ovejas y ganado suficiente que les diese nombre de pastores: y que les hacia saber, que lo mas principal de aquel negocio estaba hecho, porque les tenia puestos los nombres que les vendrian como de molde.—Dijole el Cura que los dijese. Respondió Don Quijote que él se habia de llamar el pastor Quijotiz, y el Bachiller el pastor Carrascon, y el Cura el pastor Curiambro, y Sancho Panza el pastor Pancino. Pasmáronse todos de ver la nueva locura de Don Quijote; pero porque no se les fuese otra vez del pueblo á sus caballerías, esperando que en aquel año podria ser curado, concedieron con su nueva intencion y aprobaron por discreta su locura, ofreciéndosele por compañeros en su ejercicio: y mas, dijo Sanson Carrasco, que como ya todo el mundo sabe, yo soy celeberrimo poeta, y á cada paso compondré versos pastoriles, ó cortesanos, ó como mas me viniere á cuento, para que nos entretengamos por esos andurriales donde habemos de andar: y lo que mas es menester, señores míos, es que cada uno escoja el nombre de la pastora que piensa celebrar en sus versos, y que no dejemos árbol por duro que sea, donde no la retule y grave su nombre, como es uso y costumbre de los enamorados pastores.—Eso está de molde, respondió Don Quijote, puesto que yo estoy libre de buscar nombre de pastora fingida, pues está ahí la sin par Dulcinea del Toboso, gloria de estas riberas, adorno de estos prados, sustento de la hermosura, nata de los donaires, y finalmente sugeto sobre quien puede asentar bien toda alabanza, por hipérbole que sea.—Así es

verdad, dijo el Cura; pero nosotros buscaremos por ahí pastoras mañeruelas, que si no nos cuadraren, nos esquinen.—A lo que añadió Sanson Carrasco: y cuando faltaren, darémosles los nombres de las estampadas é impresas de quien está lleno el mundo, Fílidas, Amarílis, Dianas, Fléridas, Galateas y Belisardas, que pues las venden en las plazas, bien las podemos comprar nosotros y tenerlas por nuestras. Si mi dama, ó por mejor decir mi pastora, por ventura se llamare Ana, la celebraré debajo del nombre de Anarda, y si Francisca, la llamaré yo Francenia, y si Lucía, Lucinda, que todo se sale allá, y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofradía, podrá celebrar á su muger Teresa Panza con nombre de Teresaina. Rióse Don Quijote de la aplicacion del nombre, y el Cura le alabó infinito su honesta y honrada resolucion, y se ofreció de nuevo á hacerle compañía todo el tiempo que le vacase de atender á sus forzosas obligaciones. Con esto se despidieron dél, y le rogaron y aconsejaron tuviese cuenta con su salud, con regalarse lo que fuese bueno. Quiso la suerte que su Sobrina y el Ama oyeron la plática de los tres, y así como se fueron, se entraron entrambos con Don Quijote, y la Sobrina le dijo:—¿Qué es esto, señor tio? ahora que pensábamos nosotras que vuesa merced volvía á reducirse en su casa, y pasar en ella una vida quieta y honrada, se quiere méter en nuevos laberintos, haciéndose pastorcillo, tú que vienes, pastorcico, tú que vas, pues en verdad que está ya duro el alcacer para zamponías. A lo que añadió el Ama:—¿Y podrá vuesa merced pasar en el campo las siestas del verano, los serenos del invierno y el ahullido de los lobos? No por cierto, que este es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos y criados para tal ministerio casi desde las fajas y mantillas: aun mal por mal, mejor es ser caballero andante que pastor. Mire, señor, tome mi consejo, que no se le doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad: estése en su casa, atienda á su hacienda, confiese á menudo, favorezca á los pobres, y sobre mi ánima si mal le fuere....—Callad, hijas, le respondió Don Quijote, que yo sé bien lo que me cumple: llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy bueno, y tened por cierto que ahora, sea caballero andante ó pastor por andar, no dejaré siempre de acudir á lo que hubiéredes menester, como lo vereis por la obra: y las buenas hijas (que lo eran sin duda) Ama y Sobrina le llevaron á la cama, donde le dieron de comer y regalaron lo posible.